

Año 8
Número 8
Invierno 2022

RPS

Revista de Políticas Sociales

Desandando las desigualdades: Mujeres de los sectores populares y organizaciones sociales comunitarias

Introducción

Martín Ballarini y Melisa Mateos

Graduado y graduada de la carrera de Trabajo Social, Universidad Nacional de Moreno

martin.ballarini94@gmail.com

melisamateos@abc.gob.ar

La siguiente investigación se realizó en el marco de la materia Taller V de la Licenciatura en Trabajo Social de la Universidad Nacional de Moreno. La misma se llevó a cabo en dos organizaciones sociales y comunitarias (en adelante OSC) en el municipio de Merlo en la actualidad. Una de ellas es el punto solidario que funciona en la Capilla “Santa Isabel” y la otra es “Casas Esquinas Libertad”. Realizamos entrevistas en profundidad a las mujeres participantes, a partir de las cuales caracterizamos sus trayectorias biográficas, exploramos los intercambios simbólicos, y analizamos los significados que le otorgan a su participación en la OSC.

Esta investigación fue hecha desde una posición ético-política basada en la problematización de las desigualdades de géneros y sus diferentes atravesamientos. Es nuestro propósito que sirva para pensar y repensar el contexto social, político, y comunitario que presenta el territorio en el cual se desarrollan las intervenciones profesionales del Trabajo Social desde una perspectiva de género.

Trayectorias biográficas de mujeres de sectores populares que participan en Organizaciones de la Sociedad Civil

Definimos el patriarcado como un sistema social y político que se basa en la apropiación, concentración y monopolización del poder y la autoridad por parte de los varones blancos heterosexuales, que es ejercido sobre mujeres, niñas y disidencias sexuales. Este condiciona las formas de relacionarse de las personas en todas sus dimensiones: sexual, familiar, económica, cultural, política, etc. Identificamos en las entrevistadas que sus relaciones se presentan de formas asimétricas con respecto a los varones que forman parte de sus vidas, y a la vez esto se refuerza por

la existencia de un Estado capitalista que profundiza las desigualdades entre varones, mujeres y disidencias sexuales, generando que sean las mujeres las que siempre estén a cargo de las tareas de cuidado de sus familias y de la reproducción del hogar.

Nancy Fraser (2014) comprende el concepto de reproducción social “como las formas de aprovisionamiento, atención e interacción que producen y sostienen los vínculos sociales” (Fraser, 2014, p.64). Explica que la misma opera como contracara del capitalismo y condición necesaria de este, ya que, para que exista el trabajo remunerado, debe existir el trabajo doméstico. En las sociedades capitalistas, gran parte de este trabajo se hace de manera no remunerada y por fuera de los mercados, en las familias, en los barrios, desde las escuelas, jardines, etc. “Históricamente, la división entre trabajo «productivo» remunerado y trabajo «reproductivo» no remunerado ha sostenido las modernas formas capitalistas de subordinación de las mujeres.” (Fraser, 2014, p.65)

Las entrevistadas son educadas en las tareas de cuidado a edades muy tempranas. Esto se presenta de forma naturalizada, reforzado por los roles y estereotipos de géneros, manifestándose como el único modo de ser mujer. La naturalización está arraigada de modo tal que el instinto maternal se considera algo innato al género femenino. Además, los deseos y las proyecciones que tenían desde pequeñas, en general, se orientaron a tareas relacionadas al cuidado. A su vez, también refieren que a partir de la maternidad se ven condicionadas para realizar incluso estas tareas, generando que trabajen mayoritariamente de forma intermitente, principalmente en el sector informal, reproduciendo tareas de cuidado, crianza y reproducción del hogar, ya que generalmente ejercen como empleadas domésticas, y/o como cuidadoras de infancias o personas adultas. Ocasionalmente, realizan labores fuera del hogar o fuera del ámbito doméstico con el “permiso” de sus parejas masculinas, como complemento de éstas y no como un deseo u objetivo personal. Visualizamos el peso que tiene la voz masculina y cómo influye en la decisión personal de ellas, produciéndose un paralelismo con una figura paternal que otorga permiso y que tiene la última decisión:

“...ya uno nace ¿no?... ya con instinto de madre. Y a mí siempre me gustaron los chicos desde chiquita... Yo creo que tenía 5 o 6 años cuando nació mi primer sobrino. Quería ir a verlo para lavar los pañales, lavarle la ropita” (Reyna)

Nos encontramos con que las mujeres entrevistadas han comenzado desde pequeñas a reproducir las tareas de cuidado y reproducción del hogar. Esto sucede no solo por el patriarcado y los roles y estereotipos de géneros, sino también por el contexto de vulnerabilidad social y económica en el que se encontraban sus familias. Entendemos a esta situación como un proceso de adultización temprano en ellas, que limitó sus infancias y adolescencias.

“... trabajaba en ese tiempo, porque ya uno desde chico al ser de familia pobre tenías que trabajar desde chico, así que yo estaba cama adentro en Martínez.” (Reyna)

Las experiencias del trabajo infantil, las prácticas de cuidado por parte de niños y niñas, su participación en arreglos familiares o su vinculación con instituciones a fines de garantizar su supervivencia material (y simbólica), la transmisión intergeneracional de la pobreza, entre otras cuestiones, son condiciones que indican experiencias de autonomía temprana.

La pobreza tiene cara femenina

La pobreza “se trata de un fenómeno multidimensional y heterogéneo, que comprende carencias materiales, no materiales, subjetivas y culturales” (CEPAL-UNIFEM, 2004, p.11). La pobreza se encuentra entonces condicionada por el género y es en nuestra región altamente feminizada, donde muchas mujeres pobres son jefas de hogar.

En relación con lo antes expuesto, identificamos en el relato de las mujeres entrevistadas que las que pudieron sortear los obstáculos para acceder a un trabajo -generalmente informal y precarizado-, lo hacen sin desligarse de las tareas de crianza, cuidado y reproducción del hogar, con la carga mental que esto genera en ellas. A la vez, la mayoría despliega estrategias de supervivencia en la comunidad, para poder subsistir o cubrir sus necesidades básicas, entre las mismas se destacan: trueques en

ferias barriales, ventas de alimentos realizados por ellas, venta de ropa usada e incluso su propia inserción en las OSC, en donde encuentran la posibilidad de suplir principalmente las necesidades alimentarias.

“yo no quise buscar un trabajo fijo... bueno, igual que con el estudio, también he intentado asimismo embarazada o con mis otros nenes terminar de estudiar, pero no. Mi voluntad está pero en la cabeza no, es un quilombo concentrarme y con los chicos es un montón.” (Luz)

Observamos que la inserción de las mujeres en las OSC es en principio para replicar las tareas impuestas por los roles y estereotipos de género y, a la vez, como parte de la reproducción social que les propone el sistema capitalista y patriarcal. También representan una estrategia de supervivencia comunitaria, ya que encuentran las formas de gestionar el cuidado de las infancias y acceder a recursos materiales entre otras cosas. Por estos motivos, son ellas las que sostienen el funcionamiento de esas OSC, y en esa actividad se reproduce la misma lógica desigual de la división sexual del trabajo, al realizar tareas de acompañamiento, escucha, preparación de alimentos, limpieza, etc. A este trabajo social y comunitario, se le suma la jornada laboral precarizada que muchas realizan y el trabajo doméstico no remunerado, produciéndose una “triple jornada” laboral.

Intercambios simbólicos entre las mujeres de sectores populares

Para poder comprender las relaciones que se generan entre las mujeres retomamos el concepto de interaccionismo simbólico, según el cual, el significado de una conducta y de una acción se produce en la interacción social y en el sistema de significados intersubjetivos que se genera como resultado de esta (Blumer, 1982). En las dos OSC, identificamos que los intercambios que surgen entre las mujeres le da sentido a las acciones que realizan en el barrio, entre ellas sostener una olla popular, el abordaje de las violencias de género, la gesta de espacios de escucha y acompañamiento, etc., y a la vez, le da un sentido a la organización en sí, otorgándole visibilidad en el territorio y generando una apertura a temáticas que hasta el momento no habían sido abordadas.



A partir de esta interacción también sucede que se ven reflejadas en sus compañeras, descubren que tienen una historia en común y que comparten diferentes atravesamientos relacionados a situaciones de violencia y de vulnerabilidad. En sus relatos se identifica que tienen una valoración positiva del espacio de acompañamiento, de escucha y contención que se brindan entre sí. Según Blumer (1982), en este caso el yo existe solamente con la existencia de otras y solo de esta forma se da la interacción; entonces, el yo o la identidad no es más que una relación.

“Yo creo que compartimos un espacio para nosotras, ¿no? Como que cada una tiene una historia y que eso fue una terapia, para ayuda. Una terapia que nos hizo salir de la cajita donde estábamos cada una, por decir cajita por decir su mundo” (Claudia)

Estas mujeres se reconocen como sujetas deseantes recién a partir de su participación en la OSC. No habían tenido hasta el momento un espacio de escucha, de contención y de reflexión que les permitiera pensar y proyectar su vida a futuro, desandar sus gustos, anhelos y desarrollarse personalmente en base a los mismos. Al explorar sobre los significados que construyeron en el intercambio con las demás, se produjo una gran emocionalidad de parte de ellas al referirse al tema, demostrando que la participación en la OSC se presenta como un punto de inflexión en sus trayectorias biográficas.

Soportes y lazos

A partir de su participación en las OSC surge en ellas una motivación de construir de manera colectiva espacios compartidos que sean reparadores y contenedores, que generen lazos de solidaridad, reciprocidad y reconocimiento mutuo. Estos dejan de ser solo para suplir necesidades materiales específicas como la olla popular, el roperito, el comedor, merendero, etc., y ahora abordan dimensiones simbólicas, como la Consejería de abordaje de géneros y el grupo de mujeres el cual es sostenido por las propias integrantes. Esto configura en el territorio nuevas redes que se caracterizan por propiciar la participación de otras vecinas del barrio, sentimientos de afinidad, solidaridad, e intercambios recíprocos.

“Te ayudamos, así sea para personas con problemas de consumo, para mujeres en estado de vulnerabilidad o atravesadas por la

violencia. Yo creo que toda la comunidad tiene que saber que la Casa Esquina está acá y cualquiera que necesite cualquier ayuda vamos a estar.” (Luz)

A partir de los lazos de solidaridad y reciprocidad, que se contraponen a la idea de un sujeto autónomo y autosuficiente profundizado con la expansión del neoliberalismo, se gestó una red en la comunidad que brinda “soporte y contención” y que les proporciona un espacio para problematizar de manera colectiva las formas en las que el patriarcado socava de manera individual.

Significados que le otorgan las mujeres a las Organizaciones de la Sociedad Civil

“A mí me ayudó a darme cuenta de que no era lo que yo pensaba, que iba a estar estancada ahí en mi casa, cuidando a mi hijo, a mi pareja, lavando los platos, limpiando.... Y eso me ayudó a encontrarme yo misma, a través de también los relatos. Y por ahí en el acompañamiento te hace ver a la otra persona que no es así... el trabajo comunitario me ayudó un montón a ser quien soy y mirar de acá para adelante todo lo lindo que va a venir.” (Claudia)

En el relato de Claudia se identifican diferentes dimensiones subjetivas que se vieron modificadas por su participación en la OSC. Por un lado, al enunciar que se dio cuenta que su vida no debía transcurrir exclusivamente en la esfera privada de la vida hay un pasaje hacia la participación en la vida pública. Por otro lado, reflexiona acerca de las opresiones que la atraviesan y, en contraposición a estas, resignifica una proyección a futuro emancipadora. La participación se configura como el modo en el cual ejerce su ciudadanía, carga de sentido y de politicidad sus acciones e incorpora otras esferas más allá del ámbito doméstico. Bianchini y Curbelo (2019) lo expresan como “no solo como una manera de hacer posible el ejercicio de la ciudadanía y la lucha colectiva por las necesidades, sino también como la manera en que las mujeres existen y re existen a su posición de subalternidad” (p.220).

La ciudadanía se co- construye en la relación con las otras personas y en la acción social, lo cual implica reconocer la convivencia, el entorno

colectivo y comunitario. Es una tarea compleja, ya que las macroestructuras sostienen una idea de un “yo” individual y desarraigado, que invisibiliza la otredad y por lo tanto, impide el sentido colectivo de la participación ciudadana. En las experiencias abordadas nos encontramos con que es a partir del encuentro entre ellas en un espacio y en la identificación de sus situaciones particulares, que generan acciones colectivas para alojar los diferentes atravesamientos y necesidades de cada una, construyendo estrategias para abordarlos de manera comunitaria. Consideramos que son las OSC las que alojan e incluyen a los sectores populares que históricamente han sido excluidos de las instituciones tradicionales del Estado y de la sociedad civil. Desde una lectura con perspectiva de género, podemos afirmar que las mujeres de sectores populares acumulan más desventajas para ejercer plenamente sus derechos y su ciudadanía.

En un contexto de imposibilidad de accesos a derechos que sostiene el orden patriarcal hacia las mujeres de sectores populares, por un lado, y la feminización de la pobreza por el otro, observamos que en el encuentro entre ellas se genera una potencia transformadora. Es esta posibilidad de experiencia, de darle un sentido subjetivo en relación con la propia vida de cada una de ellas, de elaborarla para luego transmitirla, lo que transforma los significados, las formas de ver y entender el mundo, como así también, de habitarlo:

“Yo no voy a volver nunca más a encerrarme acá’ y ellas me decían ‘No mami, ni lo pienses’. Ellas ahora me apoyan, de mi esposo ya ni siquiera pienso porque él ya sabe que a mí no me va a volver a condicionar, sabe que cuando yo tenga que ir a trabajar voy a ir.” (Carolina)

En un contexto de cambios socioeconómicos, políticos y culturales que se ven marcados y profundizados por la pandemia de COVID-19 y que inciden de manera directa en los sectores populares, vemos como éstos deben recurrir a nuevas estrategias para acceder a los recursos necesarios para la reproducción de la vida. Como se describió anteriormente, las mujeres que participan de las OSC gestaron nuevas estrategias comunitarias en este contexto, lo cual implica un proceso en donde los límites entre el espacio doméstico y el público inmediato (en este caso el barrio) tienden a diluirse y el acceso a recursos se materializa de manera colectiva.

Feminización de las resistencias

A partir de la participación de las mujeres de los sectores populares en las OSC, se produce lo que Korol (2016) denomina la “feminización de la resistencia”, en referencia al rol protagónico que llevan adelante en diferentes organizaciones sociales, comunitarias y de lucha. Históricamente han sido ellas quienes han protagonizado las estrategias de supervivencia comunitarias. Las participantes de las OSC desplegaron una batería de formas de subsistencia ante la llegada de la pandemia de COVID-19 en el barrio donde están insertas. Por un lado, proliferaron las ollas populares, merenderos, comedores, roperos comunitarios, etc. que funcionan para suplir las necesidades básicas. Y, por otro lado, gestaron espacios de intercambios materiales a través del trueque, las ferias y la venta ambulante. Todas estas actividades fueron gestadas y sostenidas por las mujeres, observando un paralelismo con las crisis sociales y económicas precedentes, posicionándose en la lógica barrial como referentes. Entonces se les presentan dos oportunidades: comenzar a reconocerse como sujetas políticas y poner en tensión los límites establecidos socialmente.

Entendemos al empoderamiento femenino como el proceso que permite el incremento de la participación de las mujeres en todos los aspectos de

su vida personal y social. Identificamos en las participantes de las OSC que, si bien la mayoría refiere haber atravesado cambios subjetivos muy grandes en poco tiempo (cuestionar los vínculos violentos, generarse espacios personales y de reflexión, inscribirse para finalizar la escuela o comenzar una nueva trayectoria educativa, iniciar una búsqueda laboral de trabajo remunerado, etc.) estableciendo nuevas formas de vincularse y reconociéndose como sujetas deseantes, todo esto, aún se encuentra en convivencia y en simultáneo con lógicas patriarcales.

A partir de lo expuesto, podemos decir que en las entrevistadas se generó un pasaje de la vida privada a la esfera pública. Esta ruptura les permitió encontrarse con otras compañeras en las que se ven reflejadas, permitiendo que juntas tengan un proceso de identidad compartida. A su vez, tejen una trama territorial de la cual se vuelven protagonistas, que les otorga un significado o sentido político a sus acciones. El reconocimiento de ellas mismas como sujetas políticas, les permitió ejercer su ciudadanía, a la vez que construyeron estrategias de supervivencia ante las diferentes necesidades. Esta posibilidad de experiencia favoreció a lo que desde manera conceptual podemos llamar empoderamiento, pero que en sus relatos es reconocido por ellas mismas como cambios liberadores y transformadores, donde la esperanza danza y la realidad se transforma y se humaniza.



Bibliografía

Arias, A. (2013). Lo territorial en el territorio de la Argentina. Connotaciones históricas, políticas y culturales de lo social de los territorios. *Revista Margen*, 71, 1-7.

Bianchini, N. y Curbelo, C. (2019). Las expresiones del feminismo en las organizaciones de mujeres de sectores populares. *ConCienciaSocial*, 3, 214-227 <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/ConCienciaSocial/article/view/26138>

Castro, G. y Korol, C. (2016). *Feminismos populares, Pedagogías y políticas*. Editorial La fogata.

CEPAL-UNIFEM (2004). *Entender la pobreza desde la perspectiva de género*. CEPAL <https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/5918/S0400008es.pdf;jsessionid=6A9FF135840ECAB26A9F3BD676B40CC3?sequence=1>

Fraser, N. (2014). Tras la morada oculta de Marx: Por una concepción ampliada del capitalismo. *New Left Review*, 86, 57-76.

Gouldner, A. W. (1960). The norm of reciprocity: A preliminary statement. *American sociological review*, 25, 161-178.

Lagarde, M. (2009). La política feminista de la sororidad. *Mujeres en Red, el periódico feminista*. 11, 1-5.

Martuccelli, D. (2007). *Lecciones de sociología del individuo*. Pontificia Universidad Católica del Perú

Minayo, M. C. D. S. (2009). La artesanía de la investigación cualitativa. In *La artesanía de la investigación cualitativa*

Montero, M. (2004). *Introducción a la Psicología Comunitaria*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós.

Rappaport, J. (1984). Studies of Empowerment: Introduction to The Issue, *Prevention In Human Issue*. 3. 1-7

Sanchís, N. (2020). *El cuidado comunitario en tiempos de pandemia... Y más allá*. Buenos Aires, Argentina: Asociación LolaMora.

Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficante de sueños.

Zibecchi, C. (2014). Trayectorias de mujeres y trabajo de cuidado en el ámbito comunitario: algunas claves para su estudio. *La ventana*, 39, 97-139.